

# ¿La arepa vacía?

El tema central de este número es la identidad del venezolano, eso que los expertos llaman *la venezolanidad*. Lo cual nos conduce inexorablemente a revisar cuáles son esos elementos que definen nuestra cultura, nuestra idea de pertenencia, lo que somos como nación y como nacionales de la misma. Para algunos, la respuesta es casi inmediata y simple: seguimos siendo los mismos venezolanos de siempre, ciertamente con algunas naturales adaptaciones, pero en esencia igual.

Sin embargo, para otros más acuciosos, más observadores, en estas últimas décadas han ocurrido cambios que podrían representar o traer consigo importantes efectos en la concepción del venezolano: cambios en los símbolos patrios, cambios normativos y preceptivos, cambios poblacionales etnográficos y migratorios e incluso cambios territoriales.

Es también cierto que hemos estado expuestos, por más de veinte años, a la influencia de un discurso político disruptivo que ha pretendido de manera *ex profeso* ofrecer una visión distinta –acaso imprecisa– de la historia, del sistema, de la democracia misma.

Hemos vivido situaciones sociales, políticas y económicas extremas muy severas y profundamente serias que si bien no son exclusividad de los venezolanos y muchos países las han atravesado, sin duda alguna dejan huella en la gente, en sus concepciones, en sus convicciones, en sus decisiones, en su vida.

Pero la identidad, no es solo lo que se es hoy, no es la foto de un momento. La identidad se conforma (¡y vaya que así es!) del pasado, de lo que fuimos, de dónde venimos, del legado de nuestros ancestros. Por más abatidos que estemos hoy, por más desgastados que nos sintamos hoy, traemos en nuestro haber un pasado destacado y memorable. Descendemos de hombres y mujeres que hicieron realidad el sueño republicano de un continente en el siglo XIX. Provenimos de generaciones de venezolanos que levantaron un país rural, atrasado y en dictadura y lo convirtieron en una democracia sólida y de progreso en el siglo XX.

Identidad también es futuro, es proyecto, es aspiración de lo que queremos ser, de lo que queremos lograr, es sueño, es meta, es horizonte compartido, es objetivo.

Y esa *identidad* que es tanto pasado, como presente, como futuro, se convierte verdaderamente en *venezolanidad* solo cuando es compartida y asumida por todos. Es decir, la *venezolanidad* es el sentimiento que nos hace sabernos y sentirnos a todos como venezolanos, y requiere la preexistencia de un elemento fundamental e imprescindible: el amor por Venezuela.

Ese sentimiento de afectividad que nos lleva a valorar lo que fuimos, a comprender y asumir lo que somos y a apostar por lo que queremos ser.

Desde SIC queremos promover esta reflexión sobre Venezuela, entendida como un proyecto común y compartido. Hagamos un ejercicio, pensemos en una arepa, ese pan de maíz que caracteriza nuestra mesa, ese alimento tan nuestro que nos define. Ahora pensemos en el relleno de esa arepa. Allí está el desafío de nuestra venezolanidad, entender qué nos gusta, qué necesitamos, hacer que todos participemos y obtengamos un relleno que esté bien hecho, y sobre todo que alcance para todos. He aquí la intención de este número: no dejar vacía nuestra arepa.